

SONETO

(A mi pueblo, con orgullo de hijo).

Todo mi amor es poco, pueblo amado;
y quisiera pagar con hidalguía,
tu cariño, que ayer fué idolatría,
y hoy en sueño revives mi pasado.

Mas quisiera pagar, lo no pagado,
con las doblas que guardo en mi tesoro:
Oro viejo y virtud por el que adoro
tus virtudes de prócer adorado.

Arroyo de la Luz, siempre rumiando
a tus calles, y mozas, y atavíos
mientras el corazón está sangrando.

Realidad y poesía, juntas manando.
Amapola de amor, ¿por qué floreces
cuando en sueño hacia ti, voy caminando?

SIEMPRE DE BLANCO

(A mi hija Isabel, en el día de su Primera
Comunión).

Siempre de blanco, así,
como la nieve de la serranía
te quiero, hija adorada;

como la plateada
 luz de un callado día
 que nace a la alborada:
 Yo te quiero, hija mía.

Blanca, cual la azucena
 de tu alma y tu velo,
 blanca como la espuma
 del mar, que copia el cielo.
 No manches la blancura
 de tu alma impoluta, reina hermosa,
 virgen la más preciosa
 que coronan los cielos,
 con perfume y candor de tierna rosa.

Cristo, de amor henchido,
 se hizo Pan de fragancia deleitosa:
 manjar de eterna vida,
 que vive en el misterio de la Hostia.

Entra a reinar, Señor, que su alma pura
 abrióse para Ti, como las flores.

¿No sientes ya cantar los ruiñeños
 perfumando su alma de dulzura?

J. RAMOS APARICIO



Voces y expresiones viciosas

Album y frac.



El número es un accidente gramatical que trae a maltraer a muchas personas doctas o indoctas. Que éstas incurran en tal torpeza tiene disculpa; pero que tropiecen en el mismo canto quienes a lo mejor, tan pronto ponen pluma en papel, nos hablan de lo humano y de lo divino, es ya más imperdonable. Los *tisús*, y los *carmesís*, y los *jabalís*, y los *bisturís* son sendos disparates pues no todas las voces tienen vara alta para adoptar diversos plurales, como, por ejemplo, *maravedí*, que admite tres: *maravedíes*, *maravedís*, y *maravedises*.

Si no fuesen tan desamorados de la Gramática, verían en las primeras páginas de estos libros que los nombres que terminan en vocal acentuada —excepto *papá*, *mamá*, *chacó* y *chapó*, cuyo plural se forma con sólo añadirles una *s* al final— y los que acaban en *e* con acento: *café*, *pié*, etc. que reciben el plural de la misma manera, adoptan la sílaba *es* para distinguir así lo individual de lo que excede de la unidad. Y no titubearían al decir el plural de las vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, pues afirmarían, seguros y resueltos que es: *aes*, *eas* —a pesar de lo que repugna a nuestra lengua el doblar las vocales— *íes*, *oes*, *úes*. No hay nada que tanto proclame nuestra ignorancia, como el modo confuso, incierto —ya hablando muy deprisa para que no se nos coja la incorrección en que caemos, ya disminuyendo la intensidad del sonido para que se nos oiga mal y tampoco se perciba el tropiezo— con que pronunciamos tales palabras o letras.

Las dos voces objeto del presente divertimento: *álbum* y *frac* no han pasado aún las tragaderas de algunos conspicuos, cuando se ven en la necesidad de decirlas o escribirlas en plural. Bien se limitan a ponerle una *s* al artículo que las determina —los *album*, los *frac*— bien se la añaden al final del nombre —los *álbums*, los *fracs*— o forman el plural de la primera con el mismo desenfado del personaje de *Doña Milagros*, de la Pardo Bazán: «¡Está para *albunes* el tiempo!»

Album, del latín *album*: lo blanco, es, como todos sabemos, un libro en blanco, por lo común apaisado, de esmerada e incluso lujo-